Las colonias españolas en la obra de Galdós

Robert Kirsner

El proceso literario galdosiano, que nos hace vivir la historia española del siglo XIX, pone de relieve el significado vital de las posesiones ultramarinas. No sólo en los artículos periodísticos, en los cuales se revela Galdós como crítico mordaz de un imperialismo tardío, sino también en la producción novelesca se destaca la transcendencia que tienen las colonias en el plano de la experiencia inmediata de los personajes y de los lectores. En la España del siglo XIX las colonias representaban una realidad tanto espiritual como territorial. Ligadas a los sentimientos patrióticos, aunque apartadas en el sentido social, para el público las colonias adquieren un carácter propio, sumamente exótico. Si lo provinciano constituye un *allá* para las figuras galdosianas madrileñas, las colonias, sobre todo las del Nuevo Mundo, vienen a ser el *más allá* donde apenas se perciben señales de civilización. En fin, todavía rige el concepto romántico de un salvajismo benigno; más se disfruta de tal ambiente desde lejos que desde cerca. Admirable aparece en su rusticidad remota, pero su propincuidad corroe, la mayoría de las veces.

En primer plano nos encontramos con la existencia inextricable de unas posesiones lejanas que parecen tener un aspecto mítico. En su estructura intrínseca las colonias son más bien indígenas que hispanas; quienes en ellas algún tiempo residen, salen afectados por la barbarie. Se puede simpatizar con las aspiraciones políticas de los pueblos oprimidos por un gobierno que ni sabe gobernar dentro de su propia sede territorial, pero tal actitud no disminuye el enfoque cultural. Las colonias carecen de urbanidad; sobre todo, sirven de Jauja para la expatriación; en la América acaban los exilados sociales tanto como los que anhelan enriquecerse. Si a la patria regresan, traen consigo una nueva personalidad. En su mayoría, aunque acaudalados, vuelven agotados. Sin embargo, también hay quienes se nutren del fecundo suelo primitivo, y salen robustecidos.

En los artículos periodísticos, con pocos rodeos, sirviéndose más bien de sarcásticas expresiones punzantes que de sutilezas novelísticas, revela Galdós su antipatía por la política colonial. Ataca el escritor con furia la actitud de los dirigentes de la nación; «hay que despedirse de las Américas», clama Galdós. Los caudales de América, tesoros que los *rebeldes* no dejan sacar, causan tristeza. El decadente imperio español vale para crear fantasías; los políticos se ilusionan con tener una Jauja, y actúan como si los magníficos navíos y barcos de transporte que tanta falta le hacen a la nación, no costasen más que «dos pesetas». Les sale a los arbitristas el «se compran» como si el dinero abundara. Para ellos «toda la insurrección americana se reduce a cuatro perdidos que gritan en la plazuela» [1]. La corona queda alucinada; es como si la hucha ultramarina hechizara. Mientras tanto se sigue disfrutando de los mejores cigarros del mundo. El artículo tiene como título, «Fumándose las colo-

[1] «Fumándose las colonias», *Vida Nueva* (12 junio 1898), Núm. 1 (en *Galdós Periodista.* Edición realizada por el Banco de Crédito Industrial, Madrid, 1981), pág. 138.

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Robert KIRSNER. Las colonias españolas en la obra de Galdós
Centro Virtual Cervantes

nias». De esta fumarola palaciega se desprenden nociones que se evaporan como el humo.

La campaña anti-colonial de Galdós, claro está, no se limita a la América. Uno de los artículos más acerbos, «Al Pueblo Español», exhorta al levantamiento («temeraria invocación»), aunque de tipo intelectual, en contra del gobierno que porfía en un proyecto dañino para la nación. «La guerra del Rif» es objeto de una reprobación rotunda. «Forzoso es que alguien, sea quien fuere —escribe el gran canario—, clame ante la faz atónita del pueblo español, incitándole a contener enérgicamente las insensateces de los que trajeron la guerra del Rif, sin saber lo que traían, que la desarrollaron y extendieron atropelladamente, tropezando en la tragedia...». No hay mérito ninguno en «la desaforada aventura» [2]. El tono despectivo hasta sobrepasa la etapa temprana de un joven Aristarco. Si Galdós se ha ablandado en lo que toca a la manera de ser española, su posición ante la desastrosa política exterior de la patria manifiesta una actitud implacablemente feroz. Para los responsables de una guerra disparatada no hay compasión; para los que apoyan la desmedida violencia sólo hay desprecio. Así se expresa en contra de los estadistas bélicos: «Unidos todos, encaminemos hacia su término la guerra del Rif, añadiendo al fulgor de las armas la lucidez de los entendimientos en cuanto se relacione con la política internacional». Y si todavía queda alguna esperanza que con «la lucidez de los entendimientos» se pueda dar término a un mal aconsejado negocio, para la institución que anima a «la persecución inicua» se guardan los epítetos más despiadados: «Apaguemos de un soplo los cirios verdes que alumbran el siniestro Santo Oficio, llamado por mal nombre *Defensa Social,* vergüenza de España y escándalo del siglo... como ultraje a la Humanidad y desprecio de los derechos más sagrados...» [3].

Si en el periodismo Galdós se muestra intransigente, en la novelística enfoca la cuestión del coloniaje con más benevolencia, o sea, con más humanidad. Y no es que el escritor dejara de creer en el parecido que hay entre los que se esfuerzan por mantener en pie el imperio y «la media docena de hombres desvergonzados... constantemente embrutecidos por el vino» que se proyectan en «Los Borrachos», el cuadro de Velázquez que contrapuntea con el Rey y sus Ministros en «Fumándose las colonias». El periodismo le sirve de tribuna; en los artículos habla el diputado liberal. En cambio, en su taller literario se humanizan los personajes y los acontecimientos se conceptúan como resultados de una especie de astenia de que todo ser humano *padece;* en las palabras del simpatiquísimo coronel don Evaristo Feijóo, gran maestro de la filosofía práctica en *Fortunata y Jacinta,* «decir humanidad es lo mismo que decir debilidad» [4]. (A ningún *hijo* novelesco tanto admira Galdós como al imponente varón comprensivo que predica como principio *sagrado* el guardar la forma ante todo). En la novela galdosiana la crítica se contiene dentro de una ironía que suaviza la situación y calma los sentidos. Además, divierte.

Dos aspectos interesantes de la visión que tiene Galdós de las colonias, y en particular de la América, se dan a conocer en *El Amigo Manso* y en *Tormento.* En ésta hay una interpretación seria, en aquélla se nos presenta un comentario humorístico, aunque verosímil. En ambas novelas se capta la realidad intrahistórica de la tierra americana, tanto la estructura de su inculta sociedad como la constitución fuerte de quienes se forman en un ambiente áspero. Posiblemente hagan reír los indianos, o los americanos oriundos, al trasladarse a la madre patria; sin embargo, aun cuando

[2] «Al Pueblo Español», *España Nueva* (6 de octubre 1909), Año IV, Núm. 1241 (en *Galdós Periodista.* Edición realizada por el Banco de Crédito Industrial, Madrid, 1981), pág. 139.

[3] *Ibídem.*

[4] *Fortunata y Jacinta,* Obras Completas, Tomo V, Aguilar, Madrid, 1941, págs. 7-568.

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Robert KIRSNER. Las colonias españolas en la obra de Galdós
Centro Virtual Cervantes

son objeto de burla, ostentan una nobleza primitiva, digna de admiración. A la vez que nos reímos, celebramos la gracia natural de una poderosa crianza. En la América la vida aprieta, pero quienes sobreviven al clima, las fiebres y demás rigurosas condiciones, se vigorizan. Asimismo, se libran de las caducas tradiciones sociales que suelen esclavizar a los que habitan en un país *civilizado.* El choque entre el individuo y la colectividad resulta gracioso a veces; en otras ocasiones se crea un problema trágico. No obstante, tanto lo cómico como lo grave pone de relieve la incongruencia que existe entre España y el Nuevo Mundo. Y, en último término, logra Galdós acentuar más la disparatada postura oficial en las novelas que en los artículos de periódicos.

Sin abusar de la imaginación, sin darles significado alegórico a los personajes como si no fueran más que marionetas, se puede hablar de *El Amigo Manso* como una novela que abarca en términos artísticos algunos aspectos vitales de la política del coloniaje. En esta obra se proyecta la visión de Cuba como rústica isla, bastante encantadora si se mira con simpatía; sin embargo, para los indianos rapaces es la tierra antillana una mina por explotar. Después de aprovecharse de la riqueza americana, regresan a España acaudalados y ansiosos de disfrutar de su opulencia, comprando cargos políticos y estableciéndose como próceres de la nación. Desde luego que no escasean los españoles, *patriotas* de todas clases, dispuestos a cotizarse. Máximo ejemplo del indiano ambicioso, ricachón que no se contenta meramente con ser destacado capitalista, es José María Manso, «aquel que a los veintidós años se embarcó para las Antillas en busca de fortuna», hermano mayor del evanescente personaje principal de la novela. Su caudal se debía a dos acontecimientos: primero, al haberse casado él en Sagua la Grande con una mujer rica, y segundo, a la guerra española, «infame aliada de la suerte».

La apariencia de José María refleja su estancia en las colonias: «... lleno de canas... su cara era de color de tabaco, rugosa y áspera, con cierta transparencia de alquitrán que permitía ver lo amarillo de los tegumentos bajo el tinte resinoso de la epidermis» [5]. No cabe duda de que hace bien en abandonar la tierra en la que el tabaco mismo parece enviscarse con la piel. Nos dice el narrador: «¿qué cosa más prudente que dejar a la Perla de las Antillas arreglarse como pudiese, y traer dinero y personas a Europa, donde uno y otras hallarán más seguridad?» [6]. La descripción de la cuñada y la hermana de ésta pone de relieve el encanto primitivo de la exótica tierra que tanto encierra *la flora* como *los insectos:* «Lica (que este nombre daban a mi hermana política) traía un vestido verde y rosa, y el de su hermana era azul, con sombrero pajizo. Ambas representaban, a mi parecer, emblemáticamente la flora de aquellos risueños países, el encanto de sus bosques, poblados de lindísimos pajarracos y de insectos vestidos con todos los colores del iris» [7]. Claro está que resalta la ironía; con lo de *los insectos* se punza el mito idílico de la belleza natural, estilo romántico.

Los parientes cubanos con su caterva de sirvientes isleños constituyen un mundo aparte donde «había más barullo que en el muelle de la Habana». La descripción de la rara familia del amarillento hermano nos hace creer que «El castellano viejo» de Larra tenía una casa bien ordenada. Aquí son los pobres extranjeros, que echan de menos el *ñame,* quienes se encuentran tan mal acomodados como el desafortunado invitado, Máximo Manso. La isla de Cuba no cabe dentro de la península.

[5] *El Amigo Manso,* Obras Completas, Tomo IV, Aguilar, Madrid, 1941, págs. 1.171-1.300, esp. pág. 1.198.
[6] *Ibídem.*
[7] *Ibídem,* esp. págs. 1.193-94.

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Robert KIRSNER. Las colonias españolas en la obra de Galdós
Centro Virtual Cervantes

Principiaba la fiesta por las disputas entre mi hermano y Lica sobre lo que ésta había de comer.
—Lica, toma carne... Cuidate por Dios.
—¿Carne? ¡Qué asco!... Me apetece dulce de guinda...
—Niña...
—¡Qué chinchoso! Quiero melón...
Y el chico salía a la defensa de su mamá, diciendo:
—Papá *mapiango.*
—Niño, si te cojo...
—Papá cochino...
Luego venía el fumar, y allí me veríais entre pestíferas chimeneas, porque no sólo era mi hermano el que chupaba, sino que Lica encendía su cigarrillo y la *niña Cucha* se ponía en la boca un tabaco de a cuarta... Volvía mis tristes ojos a la Historia, y no le perdonaba, no, a Cristóbal Colón que hubiera descubierto el Nuevo Mundo [8].

La isla de Cuba puede estar fuera de lugar en lo social, pero en lo económico tiene éxito. Lica llega a *marquesa.* El hermano no sólo llega a titularse, sino que también logra gran éxito en la política. En fin, las colonias corrompen a los buenos y a los malos. España se contagia del mal *amarillo.* (El dinero y la fiebre tienen el mismo color; recordemos el nombre del alcalde de Ficóbriga en *Gloria*).

La cuestión de las circunstancias americanas es más grave y mucho más dramática en *Tormento.* En esta obra se pone en juego no el problema frívolo de la política, sino el más íntimo y sagrado para la sociedad española de la época. Y si en *El Amigo Manso* se fragua un indiano depravado, en *Tormento* aparece uno que se nutre de la barbarie y regresa más resistente a las tradiciones sociales impías. El caso es que de una manera bastante revolucionaria para la década, se muestra campeón de los derechos femeninos quien se ve como «animal». Es que aquí estamos ante un «animal» superior, que no reconoce, o por lo menos, que no se deja rendir por la opinión pública. ¡Y por supuesto que sería más *superior* todavía si pudiera despojarse de su españolismo! Pero, entonces, no habría novela. La lucha interior que siente el indiano en torno a la cadena social le proporciona verosimilitud. Acentúa su posición individual el entrelazamiento de dos culturas distintas. Español de nacimiento y linaje, el «Oso», que así también llaman a Agustín Caballero, se forma en Brownsville, pueblo de «anarquía» que abarca dos incultos países. Agustín Caballero es más arraigado *americano* que José Manuel Manso: éste se ha aprovechado de la riqueza natural del lejano continente (hasta se casa con una *criolla* adinerada); aquél, «el salvaje primo de Bringas», que se llama a sí mismo «hombre sin mundo», se ha integrado con «el bosque» de Brownsville que habitó.

Agustín Caballero (su apellido es tan intencionado como el de cualquier otro personaje galdosiano), hombre que se ennoblece con los brutales epítetos que se le pone, es un nuevo tipo de *héroe,* héroe que abarca dos mundos, sin ser completamente ni del uno, ni del otro. (Caballero tiene conciencia de su estructura vital y se llama a sí mismo «hombre sin mundo»). En la heroicidad del *hispanoamericano* se forja un nuevo tipo de gentilhombre, que sin ceder de su nobleza de carácter se niega a ser mártir. La hidalguía del indiano coincide con su propia manera de ser, no sólo en términos espirituales sino también físicos: el nuevo *caballero* que se formó en Brownsville tiene algo de salvaje; no se deja inmolar por una sociedad que se apoya en creencias falaces que no tienen más fundamento que la apariencia, o sea, el *que dirá* la gente. Al mismo tiempo, tampoco pretende desligarse completamente de los venerados ritos tradicionales. De su enfrentamiento con los prejuicios

[8] *Ibídem,* esp. págs. 1.195-96.

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Robert KIRSNER. Las colonias españolas en la obra de Galdós
Centro Virtual Cervantes

sociales respecto al concepto sagrado del himeneo, que descansa en la figura de la novia, nace una visión ilustrada del matrimonio. Insistiendo que «¡morirse sin conocer más que una vida de perros es triste cosa!», el indiano, llámesele *Caballero* o *salvaje,* afirma su dereco a «vivir algo». Si José Manuel Manso se había integrado a lo más bajo de su sociedad, a la politiquería, Agustín Caballero no se deja vencer por conceptos mitológicos que no toman en cuenta los sentimientos individuales. En poco, o casi en nada, se parecen los dos indianos que vivieron a su manera, cada uno, allá en la América.

El personaje de Agustín Caballero va creciendo en fuerzas y simpatía mientras mejor lo conocemos. (José Manuel Manso inspira lástima al principio por sus canas y demás rasgos de su aspecto físico, pero termina siendo objeto de burla, y de algo de desdén). Su talla literaria aumenta en su intensidad; tanto fervor irradia su personalidad que llega a ser la vitalidad incitante para la novela de sus primos, sobre todo para la de su prima política, Rosalía Pipaón de Bringas. Cuantos más motes se le pone a Caballero, tanto más se encumbra la figura del «hombre sin mundo». Al final de *Tormento,* cuando hasta «el ratoncito Pérez», quien no es más que Bringas, «el maldito cominero», se refiere al primo como «tonto», se está forjando una nueva novela. Es como si fuera Caballero el autor de la novela de los de Bringas. «—... ¡Ah!, se me olvidaba una cosa imporante. Algo vamos ganando. Díjome ese tonto que podías disponer de todo lo que se compró para la boda» [9]. Hasta que no llegamos a la lectura de *La de Bringas* no nos damos cuenta de lo importante que en realidad era lo que Francisco de Bringas le contaba a su esposa. En fin, la forma de vida novelesca de la protagonista de *La de Bringas* se apunta al final de *Tormento* con la decisión dramática de un valiente «tonto». Bien se aclara el papel dominante de Caballero en *La de Bringas:* «Los regalitos de Agustín Caballero y la cesión de todas las galas que había comprado para su boda, despertaron en Rosalía aquella pasión de vestir» [10]. El importantísimo actor de *Tormento,* «el salvaje» de Brownsville, es *autor* del impresionante drama que se desenvuelve en *La de Bringas.*

En los artículos periodísticos Galdós se expresa como político; en las novelas se manifiesta sensiblemente comprensivo. Se dedica al proceso humanizante de «novelar», y abarca las posibilidades existenciales que son incontenibles en un solo plano de actuación. Si las colonias embrutecen, también ennoblecen. De la América salen indianos codiciosos como José Manuel Manso, y otros, como Agustín Caballero, que cobran fuerza de la barbarie y crecen sanos y sólidos como si fueran robles. Si las colonias merecen que se les tenga lástima por ser víctimas de un despilfarro atroz, también, al mismo tiempo, son dignas de admiración por la fuerza natural que emana de su fértil suelo selvático. En una palabra, las colonias españolas, tanto como todos los personajes novelísticos, llegan a presentarse en la obra de Galdós como creaciones multidimensionales irreductiblemente ligadas a la complicada existencia humana.

[9] *Tormento,* Obras Completas, Tomo IV, Aguilar, Madrid, 1941, págs. 1.461-1578.
[10] *La de Bringas,* Obras Completas, Tomo IV, Aguilar, Madrid, 1941, págs. 1.579-1.630, esp. pág. 1.596.

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Robert KIRSNER. Las colonias españolas en la obra de Galdós
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes